

MARÍA JOSÉ PRIETO VÁZQUEZ



LUCES Y SOMBRAS DEL MUNDO RURAL



Recuerdo una historia que me contaron, en la que se manifiesta la pobreza de las gentes, la calumnia, el qué dirán y la manipulación del más débil por el más fuerte, además de los prejuicios sociales y religiosos, a los que estaban sometidos los habitantes del pueblo.

La patria chica quedaba atrás, sus padres habían muerto y no le restaba apenas dote; en cambio su tío Tiburcio poseía un multiplicio de capital que pasmaba.

Iba vestida con su chambrá, mantón de abalorios y bordados rojos, verdes y amarillos. Los demás detalles ornamentales le pintaban bien a la moza, que apenas contaba con quince años. Sin embargo, al hacer las partijas, había quedado pobre, porque un pariente sin escrúpulos la había engañado, y ella no era capaz de hacer que todo volviese a su cauce.

Era curiosa de cara y tenía una figura esbelta. Seguro que sus parientes del pueblo leonés la iban a acoger bien, porque la prudencia y la educación eran cualidades básicas en su persona.

El manteo de flecos y ramos, las medias y los chapines manifestaban la pertenencia a una familia pudiente de su tierra natal. Sin embargo, tenía dudas sobre cómo iba a encajar en casa de aquellos desconocidos familiares con un capital considerable.

—Carmina, ruégote que veyas el llar y las cousas de llaboranza. Nosotros somos llabradores con dineiru.

—Bienchegada, prima. Tengu murrin pula muerte de los tuos pais. Toy amurriná a la muerte de los tus pais. Tengu l'asperanza de que t'alcuentres bien eiquí, y olvides pronto —dijo el rapaz.

—Ye fermosa la moza. Nun le faltarán mozos que tengan que-  
rencia cun eilla.

—Gracias, primu, pu l'acogida<sup>1</sup>.

La casa era grande, de hacendados ricos; sin embargo, Adelina, la prima, le lanzó una oscura mirada de envidia. Esta no gozaba del favor divino, en cuanto a belleza se refería. Era la rapaza pequeña de cuatro hermanos, que ya había llegado a ser moza, y ningún zagal se le acercaba ni por recomendación de la familia.

En la parte delantera se extendía el patio principal de la casa. En el fondo, los lagares, las bodegas subterráneas. A la izquierda, el habitáculo del dueño, vestíbulo y amplias escaleras, una gran cocina y habitaciones por las que penetraba la luz, procedente de un gran corral, cuadras y cobertizos para aperos de labranza, y otras estancias comunicadas por la calle de detrás con el típico portalón, vigas de madera, puertas con buenos herrajes forjados y fachadas con hermosas rejas.

La alacena acogía todo tipo de sartenes, cacerolas, cacetas, cazos, estos últimos habían hecho las delicias de los cuatro hermanos cuando eran niños. La madre les preparaba un chocolate de primera. Lo compraba en la fábrica de la capital. Por la mañana, desde que eran infantes, les daba para desayunar pan con aguardiente.

Los mayores de la casa tomaban la «parva» antes de desayunar una escudilla de sopas de ajo con un huevo escalfado y un pimientto verde cocido. Aquella consistía en ingerir una copa de aguardiente y dos galletas. La traía siempre un pariente de la familia.

---

<sup>1</sup> —Carmina te ruego que veas la cocina y las cosas de labranza. Nosotros somos labradores con dinero.

—Bienvenida, prima. Tengo tristeza por la muerte de tus padres. Estoy entristecida a la muerte de tus padres.

—Tengo la esperanza de que te encuentres bien aquí y olvides pronto.

—Es guapa la moza. No le faltarán mozos que la pretendan.

—Gracias, primo, por la acogida.

A un lado quedaba la cocina de humo donde se curaban los chorizos, jamones, cecinas, etc. del cerdo y la vaca que habían matado, y los establos de las bestias. Al otro, la cocina común, con el llar, gran estancia con mesa cuadrada de madera y escañil para sentarse a comer el cocido.

Pronto se le acabó a la pobre Carmina lo poco que le dejó la madre antes de morir. Enseguida se puso a trabajar en las labores del campo: en la siega, la trilla, la siembra, la recogida de la cosecha..., pero el demonio de la envidia sembró cizaña en el insípido corazón de Adelina.

Fueron llamadas ambas al filandón, que aquella noche se celebraba en casa de la tía Eustaquia. En otros tiempos solo iban mujeres a hilar lana con la que confeccionaban calientes mantas y cobertores para resguardarse del frío del invierno, el cual emigraba a otros parajes, y ellos nadaban en el abundante calor que les proporcionaban estas prendas. Los genios de la dulzura, de la moderación y de la beatífica paz hacían que pronto volasen a la tierra de los sueños y de las quimeras mediante cuentos y leyendas que entretenían la velanda. Los hombres se distraían con tareas manuales, y así todo el mundo sacaba provecho de aquellas reuniones que, aparte del recreo que les proporcionaban, también eran útiles, porque algunos de los asistentes preparaban mimbres para hacer maniegas.

Los filandones o velandas provienen de la tradición oral, es decir, del folklore, y se cree que su origen está en los países nórdicos europeos, donde se dieron desde época inmemorial. En tiempos antiguos implicaban una gran creatividad, porque las personas asistentes inventaban muchas cosas; se cree que en el siglo XVIII más o menos algunas eran subidas de tono, al dirigirse sus dardos al clero, por lo que tuvieron conflictos con la iglesia; e incluso, a los niños no se les dejaba asistir a estos eventos, pero con el tiempo volvieron a admitirlos.

Los filandones reciben varios nombres según las provincias o regiones donde se den. Filorio, hilandera, calecho, son algunos sinónimos. Se reunían en una casa del pueblo y en ellas las mujeres hilaban (de ahí filandón, hilandón), y estaban asociadas al mal tiempo y la nieve.

Cuentan la historia de una perrita denominada *El Cielo*, en la que un hombre se vio solo en un bosque. Se le había escapado el animalito y la llamó a gritos, pero esta no acudía, sin embargo, acudieron otros perros que le venían a hacer carantoñas y cucamonas. Al final apareció su perrita, y en ese momento se dio cuenta de que estaban todos muertos. Se hallaban en el Cielo.

También, circulaban leyendas de fantasmas entre las que se cuenta la aparición del rey Ordoño segundo en la catedral. Las gentes de antiguas épocas daban crédito a estas, que podían ser verdaderas en su totalidad, o producto de imaginaciones calenturiantas y fabuladoras. Sin embargo, su relato era el objetivo de las variadas personas que asistían a estas reuniones.

«Y el niño subió al monte para escapar de la ira del padre amenazador, pero se encontró con unos ojos de luz amarilla que se proyectaban desde la tiniebla de la noche. ¿Eran de ser humano, lobo o demonio? (...)»

«Cuenta la leyenda que el lago de Carucedo fue formado por las lágrimas de la ondina Carisia, enamorada del general romano Tito Carisio, el cual conquistó Lancia y dominó el Bierzo. La ondina vivía en la legendaria ciudad de Lucerna. Como la ninfa mitad mujer, mitad pez, era astur y los romanos tenían como objetivo conquistarlos, se burló y la despreció. Ella sintió tal dolor, que de sus lágrimas se formó el mítico lago e inundó la legendaria ciudad.

Se dice que todos los años, al amanecer del día de San Juan, cuando se abre el agua y el sol dora las aguas, se ve en el fondo el

reflejo de la mítica urbe. Se cuenta que esa noche sale la ondina a buscar un guapo mozo que la requiera de amores.

Así comenzaban algunas historias relatadas en aquellas amenas reuniones, que constituían una fuente de aprendizaje para todos, en especial para los niños, que se quedaban obnubilados por el poder mágico de tales eventos.

Pues bien, en casa de la tía Eustaquia habían dejado pasar a más de un mozo. Algunos tocaban la dulzaina y las castañuelas; otros, el tamboril, y se formaba allí la algarabía de una fiesta. Se contaban chistes, historias, se cantaba de lo lindo y se bebía también de lo lindo. Ninguno caía en la tristeza. Pero siempre hay demonios que meten cizaña y todo lo estropean. A veces podían degenerar en borracheras y en bailes, que quizás tuvieran más de mundano que de recatado, por lo que se asistía con un cierto reparo a estos encuentros, sobre todo si había muchos mozos y mozas.

—Adelina, la tu prima tien guapura de verdá —exclamó Cipriano— Me presta vere la su fegura, ye buena moza y emperifóllase mui bien. Parez un figurín.

—Nun sé con qué gueyos la gueyas. Ye un'alfilitera —exclamó la prima<sup>2</sup>.

Adelina sufría en su interior. Sufría mucho. La envidia la reconcomía. Su desolación la llevó a inventar una calumnia. Quería quitársela de encima. Y es que ese gusanillo de la insatisfacción, cuando la persona no es madura, y no sabe ponerse psicológicamente en su sitio, hace pero que mucho daño. Por algo la Biblia cuenta la historia de Caín y Abel. La envidia llega incluso al crimen.

---

<sup>2</sup> —Adelina, tu prima tiene belleza de verdad. Me gusta ver su figura. Es buena moza y se arregla muy bien. Parece una modelo.

—No sé con qué ojos la miras. Es flaca en demasía —exclamó la prima.

Carmina era la que mejor cantaba y bailaba la jota, tenía una dicción estupenda para contar historias reales e inventadas, y cosía muy bien. La prima estaba al borde del paroxismo. No comprendía que las personas fueran distintas en cualidades. Se comportaba de forma muy primaria, y quizás siguiera en esta línea toda su vida, porque muchas luces no tenía, y su familia tampoco estaba formada para dar una educación idónea a la rapaza.

Ya en casa las esperaban los tíos en el estradín. Era tarde y las recriminaron a las dos. Les llovieron los genios amargos, que se entremetían hasta por las rendijas de sus ropas. Allí había que regresar a una determinada hora, y no se permitían ciertas licencias. Las costumbres se estaban relajando, y la gente mayor veía esto como una transgresión de la ley divina y humana.

—Rapazonas, que ya sodes unas rapazonas, ¿nun vos da vergonna venire a tan altas horas?

— Mai, los mozus nun querien deixanos marchare<sup>3</sup>.

Lo cierto es que Adelina quiso tener trato con un zagal de su edad, pero él solo miraba a Carmina. Era Cipriano. Y de ahí derivó lo siguiente. El tío rezongó todo lo que quiso y más, porque habían llegado oliendo a alcohol.

—D'hoy más no acudáis a dengún filandón, y nada de mozus...

—Tou fou por mor de Carmina. Al beillare quitous'el refaxu, la enagua, el mandil, y por poco el rodao. Ye una casquivana, diou escándalo. Beillou cun tous lus mozus que había acá y acullá, y nun me deixó dengún a mí.

—Carmina, ¿ye verdá esu?<sup>4</sup>

---

<sup>3</sup> —Rapazonas, que sois unas rapazonas. ¿No os da vergüenza venir tan tarde?

—Madre, los mozos no querían dejarnos marchar.

<sup>4</sup> —De ahora en adelante no acudáis a ningún filandón, y nada de mozos.

—Todo fue por causa de Carmiña. Es una casquivana. Dio escándalo. Bailó con todos los mozos que había, y no me dejó ninguno a mí.

Ella no sabía qué contestar. Su educación y sentido moral no le permitían decir que la prima estaba mintiendo, porque los tíos la habían acogido bien. Les estaba eternamente agradecida. ¿Cómo iba a proferir algo malo de Adelina?, no deseaba que saltase la chispa por su causa.

Se calló, y como el que calla otorga, creyeron a su rapaza y no a su sobrina. En el fondo la querencia les apuntaba a aquel retoño de la propia sangre, y no a la advenediza que hacía mucho tiempo había arribado a su llar.

—Carmina, nun puedu sufrir esta malandanza. Debes partir desta casa —dijo el tío.

—Nun tengu onde dire. Nun me queda dote. Vosotros tene des los haberes a rodo.

—Peru nun te darei ná. Desde que vives con nosotros siempre quieres sobresalir. Meyor ye que marches serviré ancá sinnores cun dineiru.

—Agora corre mucho frío.

—Paice que lo temes mucho.

—En la casa a la que irás tienen abondo y más: tapabocas, cobertores, monteras, mantillas, vestimenta de todo género, ganado, tierras, criados, etc. Nun te faltará de ná, si trabayas<sup>5</sup>.

El camino hacia su nueva vivienda era duro. A lo lejos se vislumbraban los añojales, sebes, eriales. Las sendas eran estrechas y difíciles. Nubes oscuras se engarzaban por encima de su cabeza

---

<sup>5</sup> —Carmina, no puedo pasar esta falta de cordura. Debes salir de esta casa, —dijo el tío.

—No tengo dónde ir. No me queda dote. Vosotros tenéis mucho dinero.

—Pero no te daré nada. Desde que vives con nosotros, siempre quieres sobresalir. Mejor, es que vayas a servir a casa de señores ricos.

—Ahora hace mucho frío.

—Parece que lo temes mucho.

—No te faltará de nada, si trabajas.



presagiando prontas lluvias. Los campos estaban preparados para sembrar la remolacha. Se veía la tierra toda entremezclada, trabajada para acondicionar más tarde los surcos y poner las semillas dentro, luego las taparían con tierra y esperarían a su germinación.

La casona se revestía a la luz de la Luna de un esplendor y un empaque nunca vistos. Sin duda era el hogar de los más poderosos terratenientes de la zona. La señora llevaba siempre inigualables galas, y los criados iban y venían presurosos en sus quehaceres cotidianos. Se notaba que era una mansión de hacendados ricos, como algunas que se veían por aquella comarca. El rodado rojo con ribetes negros, la chambra blanca, el jubón con bordados, las joyas de la collarada, los zapatos negros, las medias blancas, la toquilla a la cabeza con bordados y el mantón con abalorios le daban un aspecto de señora rica y hacendada de otro tiempo.

Carmina llamó a la puerta con débil sonido, mientras las nubes en el cielo se cargaban de un color oscuro que anunciaba lágrimas amargas, como era el panorama que presentía la gentil zagala. Siempre tuvo un sentido intuitivo muy marcado, que la llevaba a poco menos que a averiguar lo que iba a ocurrir en el futuro.

—Corre mucho frío. ¿Puedo dentrare?

—Bienvechegada, Carmina. El tiempu ta aburrinau.

—Vas serviré nesta casa.

—¿Cuál es mi quehacer?

—Atender el Llar, la cocina, la siega, la facendera intre otras cousas<sup>6</sup>.

La señora puso una cara torva cuando se fijó en Carmina. Era guapa la moza. No parecía una criada. Sus ademanes reflejaban la

---

<sup>6</sup> —Hace mucho frío. ¿Puedo entrar?

—Bienvenida, Carmina. El tiempo está triste.

—Vas a servir en esta casa.

gran fineza de su alma, y eso la ponía rabiosa. Sin embargo, al señor le gustó desde el primer momento. Aquella rapaza iba a convivir con ellos, y la señora sabía de las flaquezas del marido, en cuanto a faldas se refiere.

—Ye mui bona moza la rapáza, ¿no?

—Peme del mismu espéritu que lus ánxelus —dijo una de las sirvientas.

—Tié mucha fortaleza, aunque paez de momento un poco quebrantada de salú.

—Lo veremos. Que se ponga trabayare ahora mesmo, aseveró el ama<sup>7</sup>.

Pasó el tiempo y Carmina se iba viendo cada vez más mustia y condolida. El ama la miraba con cara de demonio rojo de ira, y no paraba de espetarle palabras estúpidas sin venir a cuento. Mientras ella y sus hijos hacían alarde de sus ricas vestiduras en contraposición con las adquiridas por la pobre muchacha, a la que ya se le habían acabado los ahorros donados por la madre en secreto.

El otro traje de gala de la señora consistía en un manteo de fieltro fino y de fondo amarillo, con picaos en negro, guardapiés del mismo color, galonado de terciopelo, camisa de prolijos bordados, mantón de ramo con flores de diversos colores y fondo negro, corpiño de grana con filete negro, pelo en trenzas, delantal con lujosas labores por delante y por detrás, pañuelo a la cabeza bordado, pendientes circulares de plata y sobredorados, collares de coral y azabache enriquecidos con una cruz de plata.

El señor llevaba un sayo abierto, doble chaleco de terciopelo con adornos en los ojales, botonadura de cadena, calzón con fuertes botones de metal, media blanca y polainas, y en la cabeza, montera de paño a manera de casco, con vueltas de terciopelo.

---

<sup>7</sup> —Es muy buena la rapaza, ¿no?

—Parece del mismo espíritu que los ángeles.

El cielo tomaba un color de muerto cuando esto ocurría, y la cara de la muchacha acusaba signos de sufrimiento profundo. Algo le estaba minando la salud, algo que no tenía remedio, una auténtica tragedia que se le planteaba en su vida, y era muy difícil salir de ella, cuando las circunstancias y no su voluntad la habían metido en el conflicto.

Estaban tocando a facendera. Las necesidades de los vecinos del pueblo las arreglaban ellos mismos, no esperaban que ninguna institución se hiciese cargo de tales cuestiones. Esta vez consistía en arreglar unos caminos. La hierba se estaba metiendo demasiado e interceptaba el paso a los vecinos que iban a regar. A Carmina enseguida se lo impusieron como obligación.

—Carmina, encá' l tu sinnoritu hai presonas que trabayan mui bien. Tiene criaus cun buena salú pa facer' esus trabayos.

—Nun te deixaremos que los fagas. Tas mui esmangurriada.

—Quieren que trabaye a rodo<sup>8</sup>.

Ya en casa de los amos se percataron de que el estado físico de la pobre muchacha se estaba viniendo abajo por momentos, y todo el mundo se sorprendió, excepto el señor, que no le dio importancia, como si supiese la causa de su enfermedad. La envidia, el odio y la animadversión se reflejaban en las caras de aquellas gentes, tan primitivas en el ánimo y en los sentimientos. Los criados eran los que más lástima tenían de la pobre chica, quizás porque la veían parecida a ellos. Sin embargo, las conversaciones maliciosas entre los señores de la rica mansión se sucedían continuamente.

---

<sup>8</sup> —No, en casa de tu señorito hay personas que trabajan muy bien, tiene criados con buena salud para hacer esos trabajos.

—No te dejaremos que los hagas. Estás muy decaída.

—Quieren que trabaje mucho.

—Paeme que esta rapaza tien la su cara cun pouca color, dijo el ama.

—Sí, ties razón, contestó el señorito. Deixa que salga a lus entroidus. Trabaya mucho.

—Sí, eso fadrá, Mauricio. La xente diz cousas raras de la moza.

—¿Cómo?

—Sí, que tién tratación carnal cun el suo sennoritu, cuntieu.

—¡Faladurías!

—Neste ivierno dalgazou mueitu. Tá más esmirriada.

—Sí, nun tien bona salú<sup>9</sup>.

La plaza estaba a rebosar. Había demasiada gente: los guirrios, las madamas, la gomia, los toros, la gallina tocahuevos andaban haciendo de las suyas. La cara de Carmina se iluminó ante los festejos.

Vestido de blanco, con albarcas, con una faja roja de la que colgaban cencerros y una careta de monstruo con abanicos de colores en la parte superior, se abalanzó el guirrio hacia ella y la sacó a bailar. La moza accedió.

Todas las miradas de la gente se clavaron en la pareja, sobre todo en la moza. El negro de la noche se puso su traje más oscuro y una sombra siniestra se cernió sobre ellos. El corazón de ella detectó enseguida que algo malo, como un presagio, le iba a suceder, pues tenía un sentido de la intuición profundo y acertado.

—Carmina, mira quién sou. Sedrá meyor que me quite la careta.

—¡Cipriano!, cuantá que nun te veyu. Te echaba de menos.

---

<sup>9</sup> —Carmina tiene la cara con poco color.

—Sí, tienes razón. Deja que salga a los antruejos. Trabaja mucho.

—Sí, eso hará. Mauricio.

—La gente dice cosas raras de la moza.

—Sí, que tiene trato carnal con su señorito, contigo.

—Habladurías.

—En este invierno adelgazó mucho. Está más estropeada.

—Sí, no tiene buena salud.

- Lo mesmo pasábame a mí.  
—Tengo mueitu que tabayar. Nun sou quién pa dire a fiestas.  
—¿Tás xérula?  
—Sí, me siento enferma.  
—Pero you quieru casame cuntieu.  
—Cipriano, nun pué sere.  
—¿Por qué?  
—Mi vientre ha encetado a hincharse.  
—¿No me dirás...?  
—Sí, el señorito.  
— Eso es lo último. ¡no!, no quiero saber nada. ¡Mala muyer!  
—Me obligó<sup>10</sup>.

Salió corriendo por entre el cortejo, y no lo volvió a ver más. Las lágrimas de la noche espetaron su triste y melancólica supuración en las pobres mejillas de la muchacha. Empezaba su calvario.

La casona de los señoritos brillaba como una luciérnaga en la noche, no en cambio sus oscuros corazones, que no albergaban sino envidia y malos sentimientos.

—Carmina, tiés la tu cara mareilla. Tás calenturosa. ¿Traedes dalguna enfermidade?

—Sientu que voume a esmayar.

—Carmina, he visto que tiés la barriga abultada, ¿qué ye estu?

—Lo que vedes.

—Eso es la deshonra pa una familia, Carmiña, no queremos tenerte más en casa.

---

<sup>10</sup> —Carmina, mira quién soy. Será mejor que me quite la careta.

—Cipriano, ¡cuánto tiempo hace que no te veo!

—Lo mismo me pasaba a mí.

—Tengo mucho que trabajar. No puedo ir a fiestas.

—¿Estás enferma?

—Pero yo quiero casarme contigo.

—Cipriano no puede ser.

—No tuve yo la culpa fue...

—No lo quiero saber. Abate. Nun quieru tornare a vete<sup>11</sup>.

El taller de hechuras y arreglos de ropa funcionaba a las mil maravillas. Lo montó con los pocos ahorros que le quedaban y lo que le dieron unos buenos amigos de los padres que se apiadaron de su ingrato caso. Lo estableció allí mismo, en aquel pueblo. Con lo que sacaba iba viviendo. En él trabajaban mozas jóvenes que habían sufrido sus mismas penalidades y vejaciones. Nunca se casó, nadie la quiso, todo el mundo la señalaba con el dedo. Su circunstancia corría de boca en boca. La vida se le vio truncada por el abuso de unas personas para las que su yo y los convencionalismos de la época prevalecían por encima de toda postura moral.

Sin embargo, al cabo de muchos años, alguien fue a visitarla. Era una mujer fina y educada, y en su rostro se reflejaba una gran bondad y compasión. Habían cambiado los tiempos y vestía con la indumentaria que requería la época y la circunstancia.

—Mamá, soy tu hija Margarita. Las personas a las que me diste en adopción me contaron todo. No podías criarme porque te molieron a palos, y te separaron de mí. Te obligaron a ganarte la vida por tus propios medios, y menos mal que tú tienes habilidades a montones. Yo siempre te he llevado en mi corazón. Nunca me olvide de ti, aunque no haya vivido contigo. Sé cuánto trabajaste, cuánto sufriste en tu vida. Mis padres adoptivos son unas buenas personas, y siempre han hablado maravillas de ti. Mira, esta es tu nieta, Laura.

—Daime un beso, cariño. Tou morimunda. No creo que tarde mucho en irme. Durante un tiempo sufrí pesadosa tristeza, porque no tenía nuevas de vosotras. Ahora sou feliz.

---

<sup>11</sup> — Carmina, tienes la cara amarilla. ¿Traes alguna enfermedad?

—Siento que me voy a desmayar.

—Lo que veis.

—Márchate. No quiero volver a verte.

Las nubes retiraron su cortinaje negro. Estaban blancas y algodonas. Se movían en un lago de aguas azules que desprendía amor, hermosura y una divina refulgencia. El cielo se veía sosegado y armónico, y ninguna mancha negra atisbaba por el horizonte.

